

Apuntes de Metafísica

1.- La naturaleza de la filosofía.

1.1.- ¿De qué se ocupa la filosofía?

Nuestras vacilaciones llevan la huella de nuestra honradez; nuestras certidumbres la de nuestra impostura. La deshonestidad de un pensador se reconoce en la suma de ideas precisas que avanza.

E. M. CIORAN: *Silogismos de la amargura*.

Universo es el nombre del tema, del asunto para cuya investigación ha nacido la filosofía. Ahora bien, este objeto Universo es tan extraño, tan radicalmente distinto de todos los demás, que desde luego obliga al filósofo a situarse ante él en una actitud intelectual completamente diferente de la que las ciencias particulares adoptan ante los suyos.

Entiendo por Universo formalmente “todo cuanto hay”. Es decir, que al filósofo no le interesa cada una de las cosas que hay por sí, en su existencia aparte y diríamos privada, sino que, por el contrario, le interesa la totalidad de cuanto hay, y, consecuentemente, de cada cosa lo que ella es frente y junto a las demás, su puesto, papel y rango en el conjunto de todas las cosas – diríamos la vida pública de cada cosa, lo que representa y vale en la soberana publicidad de la existencia universal. Por cosas entenderemos no sólo las reales, físicas o anímicas, sino también las irreales, las ideales y fantásticas, las transreales, si es que las hay. Por eso elijo el verbo “haber”, ni siquiera digo “todo lo que existe”, sino “todo lo que hay”. Este “hay”, que no es un grito de dolor, es el círculo más amplio de objetos que cabe trazar, hasta el punto que incluye cosas, es decir, que hay cosas de las cuales es forzoso decir que las hay, pero que no existen. Así, por ejemplo, el cuadrado redondo, el cuchillo sin hoja ni cacha o todos esos seres maravillosos de que nos habla el poeta Mallarmé – como la hora sublime que es, según él, “la hora ausente del cuadrante”, o la mujer mejor, que es “la mujer ninguna”- Del cuadrado redondo sólo podemos decir que no existe, y no por casualidad, sino que su existencia es imposible; pero para poder dictar sobre el pobre cuadrado redondo tan cruel sentencia es evidente que tiene previamente que ser habido por nosotros, es menester que en algún sentido lo haya.

Decía yo que el matemático o el físico comienza por delimitar su objeto, por definirlo, y esta definición de lo numérico, del conjunto o como se quiera comenzar la matemática, y lo mismo la definición del fenómeno físico, de lo material, contiene los atributos más esenciales del asunto. Comienzan, pues, las ciencias particulares apartando, acotando su problema, y para ello comienzan sabiendo o creyendo saber de antemano lo más importante. Su faena se reduce a investigar la estructura interior de su objeto, su fino tejido íntimo, podríamos decir, su histología. Mas cuando el filósofo parte a la pesquisa de todo cuanto hay acepta un problema radical, un problema sin límites, un absoluto problema. De lo que busca -que es el Universo- no sabe nada.

Precisemos todo lo que ignora: precisarlo significa definir con pleno rigor el problema de la filosofía en lo que tiene de más peregrino y sin par:

1º . Al preguntarnos qué es “todo lo que hay” no tenemos la menor sospecha de qué será eso que hay. Lo único que sabemos previamente a la filosofía es que hay esto y lo otro y lo de más allá, que es precisamente lo que no buscamos. Buscamos “todo”; lo que tenemos es siempre lo que no es todo. De este “todo” no sabemos nada y, tal vez, entre todas esas partes que ya tenemos no están las que nos son más importantes, lo más importante de cuanto hay.

2º . Pero ignoramos también si eso que hay será, en efecto, un todo, es decir, Universo, o si por ventura cuanto hay forma más bien diversos todos, si es Multiverso.

3ª . Pero ignoramos todavía más. Sea lo que hay Universo o Multiverso, al partir en nuestra empresa intelectual, ignoramos radicalmente si será cognoscible, es decir, ni nuestro problema será soluble o no. *Ruego a ustedes que no pasen desatentamente por delante de lo que acabo de decir*. Constituye la dimensión más extraña del pensamiento filosófico, la que le proporciona un carácter exclusivo, lo que mejor diferencia el modo intelectual filosófico de todos los demás.

ORTEGA Y GASSET: *¿Qué es filosofía?*

1.2.- El carácter teórico de la filosofía.

Se observa que la vida plantea al hombre, desde siempre, problemas -esos problemas que no se plantea el hombre sino que caen sobre él, que le son planteados por su vivir, son los problemas prácticos. Intentemos definir la actitud mental en que aparece un problema práctico. Estamos rodeados, cercados por la realidad cósmica, dentro de la cual vamos sumergidos. Esa realidad envolvente es material y es social. Sentimos de pronto una forzosidad o un deseo que para satisfacerse, requeriría una realidad circundante distinta de la que es: una piedra, por ejemplo, estorba nuestro avance por el camino. El problema práctico consiste en que una realidad diferente de la efectiva sustituya a esta, que haya un camino sin piedra – por tanto, que algo que no es llegue a ser. **El problema práctico es aquella actitud mental en que proyectamos una modificación de lo real, en que premeditamos dar ser a lo aún no es, pero nos conviene que sea.**

Nada más diverso de esta actitud que aquella en que surge un problema teórico. La expresión del problema en el lenguaje es la pregunta: “¿Qué es tal o cuál cosa?”. Noten lo peregrino de este hecho mental, de demanda pareja. Aquello de quien nos preguntamos: “¿Qué es?” está ahí, es -en uno u otros sentido-, si no no se nos ocurriría preguntarnos nada acerca de ello. Pero resulta que no nos contentamos con que sea y esté ahí -sino, al revés, nos inquieta que sea y que sea tal y como es, nos irrita su ser. ¿Por qué? Evidentemente porque eso que es, tal y como está ante nosotros, no se basta a sí mismo sino que, al contrario, vemos que le falta su razón de ser, vemos que si no es más que lo que aparece ser, si no no hay tras lo aparente algo más que lo complete y sostenga, su ser es incomprensible o, dicho de otro modo, su ser es un no ser, un pseudoser, algo que no debe ser. De donde resulta que no hay problema teórico si no se parte de algo que es, que está indiscutiblemente ahí y, no obstante o por lo mismo, se lo piensa como no siendo, como no debiendo ser. La teoría -conviene recalcar la extravagancia del hecho- empieza, pues, negando la realidad, destruyendo virtualmente el mundo, aniquilándolo: es un ideal retrotraer el mundo a la nada, a la ante-creación, puesto que es un sorprenderse de que sea y un rehacer hacia atrás el camino de su génesis. Si, pues, el problema práctico consiste en hacer que sea lo que no es -pero conviene, el problema teórico consiste en hacer que no sea lo que es -pero que por ser tal irrita al intelecto con su insuficiencia.

Para mí esta audacia del hombre que le lleva a negar provisionalmente el ser y al negarlo convertírselo en problema, crearlo como problema, es lo característico y esencial de la actividad teórica -que, por lo mismo, considero irreductible a toda finalidad práctica, sea del orden que sea. Esto significa que hay dentro del hombre biológico y utilitario otro hombre lujoso y deportivo, que en vez de facilitarse la vida aprovechando lo real, se la complica suplantando el tranquilo ser del mundo por el inquieto ser de los problemas. Esta raíz o dimensión teórica del ser humano es un hecho último que hallamos en el cosmos y que es vano querer explicar como consecuencia del principio utilitario, usado para comprender casi todos los otros fenómenos de nuestro organismo viviente. No se diga, pues, que la necesidad o problema práctico nos obliga a plantearnos problemas teóricos. ¿Por qué no acontece esto en el animal, que tiene y siente, sin duda alguna, problemas prácticos? Ambas clases de problematismo tienen origen radicalmente distinto y no toleran una mutua reducción. Porque, viceversa, un ser sin deseo, sin necesidad, sin apetitos -un ser que fuese sólo intelecto y que sólo tendría problemas teóricos –no llegaría nunca a percibir un problema práctico.

Hecha esta observación fundamental, la aplicamos inmediatamente a nuestro estudio sobre lo que es filosofía y decimos: si lo esencial en el *homo theoreticus*, en la actividad cognoscitiva, es su don de convertir las cosas en problemas, en descubrir su latente tragedia ontológica, no hay duda de que **tanto más pura será la actitud teórica cuanto más problema sea su problema**, y viceversa, que **en la medida en que un problema sea parcial, conserva la ciencia que lo trae un resto de actitud práctica**, de utilitarismo ciego y no cognoscente, de prurito de acción y no pura contemplación. Contemplación pura es sólo la *theoría*, y su etimología lo significa directamente.

Por ser el de la filosofía el único problema absoluto, es ella la sola actitud pura, radicalmente teórica. Es el conocimiento llevado a su máximo intento, es el heroísmo intelectual. Nada deja bajo sus plantas el filósofo que le sirva de cómoda sustentación, de tierra firme y sin temblor. Renuncia a toda seguridad previa, se pone en absoluto peligro, practica el sacrificio de todo su creer ingenuo, se suicida como hombre vital para renacer transfigurado en pura intelección.

ORTEGA Y GASSET: *¿Qué es filosofía?*

1.3.- La pregunta de la metafísica; ¿Qué es el ser? Imposibilidad de definirlo.

Analicemos la [...] pregunta: ¿qué es el ser? Digo a ustedes que esta pregunta es incontestable. La pregunta exige de nosotros que demos una definición del ser. Ahora bien: dar una definición de algo supone reducir ese algo a elementos de carácter más general, incluir ese algo en un concepto más general todavía que él. ¿Hay concepto más general que el concepto del ser? ¿Puede hallarse acaso alguna noción en la que quepa el ser, y que, por consiguiente, habría de ser más extensa que el ser mismo? No la hay.

Si nosotros examinamos las nociones, los conceptos de que nos valemos en las ciencias y aun en la vida, encontramos que estos conceptos poseen, todos ellos, una determinada extensión; es decir, que cubren una parte de la realidad, se aplican a un grupo de objetos, a unos cuantos seres. Pero estos conceptos son unos más extensos que otros; es decir, que algunos se aplican a menos seres que otros; como cuando comparamos el concepto “europeo” con el de “hombre” encontramos naturalmente que hay menos europeos que hombres. Por consiguiente, el concepto de “hombre se aplica a más cantidad de ser que el concepto “europeo”. Los conceptos son, pues, unos más extensos que otros.

Ahora bien: definir un concepto consiste en influir este concepto en otro que sea más extenso, o en otros varios que sean más extensos y que se encuentren, se toquen, precisamente en el punto del concepto que queremos definir. Si nos proponemos definir el concepto de “ser”, tendremos que tener a mano conceptos que cubran mayor cantidad de ser que el concepto de ser. Pero el concepto de ser en general es el que cubre mayor cantidad de ser; por consiguiente, no hay otro más extenso, por medio del cual pueda ser definido.

Mas, por otra parte, podemos llegar a también a la misma conclusión. Definir un concepto es enumerar una tras otra las múltiples y variadas notas características de ese concepto. Un concepto es tanto más abundante en notas características, cuanto que es menos extenso; pues un concepto reducido necesita más notas definitorias que un concepto muy amplio. Y el concepto más amplio de todos, el concepto de ser, no tiene, en realidad, notas que lo definan.

Por eso, para definir el ser nos encontraríamos con la dificultad de que no tendríamos que decir de él nada. Hegel¹, que hace esta misma observación, acaba por identificar por completo el concepto de “ser” con el concepto de “nada”; porque del ser no podemos predicar nada, del mismo modo que de la nada no podemos predicar nada.

MANUEL GARCÍA MORENTE: *Lecciones Preliminares de Filosofía.*

1 Georg Wilhem Friedrich Hegel (Stuttgart, 1770 – Berlín, 1831) dice en su *Lógica* que “este ser puro es la abstracción pura, y por consiguiente, la negación absoluta que, considerada también en su momento inmediato, es el no-ser” (HEGEL, *Lógica*, LXXXVII).

Resumen del apartado 1

1.- La filosofía se ocupa de lo más universal -del universo, dice Ortega, y por lo tanto su objeto es problemático en tres sentidos:

- No sabemos nada del Universo. Sólo experimentamos fragmentos del todo, pero el todo mismo del que se ocupa la filosofía nos es completamente extraño.
- No sabemos si hay un Universo.
- No sabemos si el universo es cognoscible.

2.- La filosofía es puramente teórica.

- El problema práctico es aquella actitud mental en que proyectamos una modificación de lo real, en que premeditamos dar ser a lo que aún no es, pero nos conviene que sea.
- El problema teórico no pretende modificar la realidad, sino comprenderla.
 - El Problema teórico consiste en cuestionarse el ser de las cosas. El ser de las cosas no está dado, pues si lo estuviera todo sería comprensible inmediatamente y no habría ningún problema teórico, sólo habría problemas prácticos.
 - El problema teórico surge de negar que las cosas sean lo que parecen ser.
- Las ciencias particulares (física, biología, matemáticas, etc) conservan un resto de actitud práctica que se manifiesta, al menos, en el hecho de que se ocupan de problemas parciales.
- La filosofía es puramente teórica porque el problema del que se ocupa es absoluto y por lo tanto no se establece con miras a ninguna utilidad práctica, más bien al contrario, supone complicarse la vida innecesariamente.
- La actitud teórica, y por lo tanto la filosofía, aun siendo superflua desde un punto de vista práctico, es necesaria para nosotros en la medida en que precisamente esta capacidad teórica es lo que nos define como seres humanos.

3.- El ser es indefinible

- El problema fundamental que nos ocupa tiene que ver con lo más general, que es el Ser.
- Definir un concepto consiste en subsumirlo en otros conceptos más amplios.
- Pero el ser es el concepto más amplio.
- Por lo tanto no podemos subsumir el concepto de ser en otro, de lo que se deduce que no podemos definir el ser. Esto significa que la pregunta ¿qué es el ser? Es insoluble.

2.- La metafísica de Parménides (ver Anexo I)

Según lo visto hasta ahora, la situación de la filosofía es peliaguda, pues debe ocuparse de lo más universal, que es el ser, pero el ser no puede ser definido. No podemos saber qué es el ser. Pero esto no implica que tengamos que abandonar la tarea filosófica. El ser no puede ser definido, pero sí puede ser pensado. De hecho el ser, o si se quiere, la totalidad del universo, sólo puede ser pensada porque nunca nos es presente de forma completa. Nuestra experiencia sensible es siempre concreta y fragmentaria, de modo que el único camino hacia el ser es el pensar.

Fue Parménides de Elea el primer filósofo que comprendió esto y elaboró una filosofía que constituye el primer gran intento de abarcar el ser con el pensamiento. Parménides expuso su teoría en un poema que no se ha conservado completo, pero del cual disponemos de suficientes fragmentos como para reconstruir su argumentación

2.1.- *Polémica con Heráclito.*

2.1.1.- *La filosofía de Heráclito: el ser como devenir.*

La filosofía de Parménides no se puede entender bien si no se pone en relación polémica con la filosofía de Heráclito. [...] Heráclito encuentra que [...] las cosas que se tienen ante nosotros no son nunca, en ningún momento, lo que son en el momento anterior y en el momento posterior; que las cosas están constantemente cambiando; que cuando nosotros queremos fijar una cosa y definir su consistencia [esencia], decir en qué consiste esa cosa, ya no consiste en lo mismo que consistía hace un momento. Proclama, pues, el fluir de la realidad. Nunca vemos dos veces lo mismo, por próximos que sean los momentos, o, como decía en su lenguaje metafórico y místico: “Nunca nos bañamos dos veces en el mismo río”. Las cosas son como las gotas de agua en los ríos, que pasan y no vuelven nunca más.

No hay, pues, un ser estático de las cosas. Lo que hay es un ser dinámico, en el cual podemos hacer un corte, pero será caprichoso. De suerte que las cosas no son, sino que devienen, y ninguna y todas pueden tener la pretensión de ser el ser en sí. Nada existe, porque todo lo que existe, existe un instante y al instante siguiente ya no existe, sino que es otra cosa la que existe. El existir es un perpetuo cambiar, un estar constantemente siendo y no siendo; un devenir perfecto; un constante fluir. (MANUEL GARCÍA MORENTE: *Lecciones Preliminares de Filosofía.*)

2.1.2.- *La crítica de Parménides a Heráclito.*

[...] Parménides se encuentra con la solución que Heráclito da al problema metafísico. Analiza esta solución y advierte que, según Heráclito, resulta que una cosa es y no es al mismo tiempo, puesto que el ser consiste en estar siendo, en fluir, en devenir. Parménides, analizando la idea misma de devenir, de fluir, de cambiar, encuentra en esa idea el elemento de que el ser deja de ser lo que es, para entrar a ser otra cosa; y al mismo tiempo que entra a ser otra cosa, deja de ser lo que es, para entrar a ser otra cosa. Encuentra, pues, que dentro de la idea del devenir hay una contradicción lógica; hay esta contradicción: que el ser no es; que el que es, no es; puesto que lo que es en este momento, ya no es en este momento, sino que pasa a ser otra cosa. Cualquier vista que tomemos sobre la realidad, nos pone frente a una contradicción lógica; nos pone frente a un ser que se caracteriza por no ser. Y dice Parménides: esto es absurdo; la filosofía de Heráclito es absurda, es ininteligible, no hay quien la entienda. Porque, ¿cómo puede nadie entender que lo que es no sea y lo que no es sea? ¡No puede ser! ¡Esto es imposible! Tenemos, pues, que oponer a las contradicciones, a los absurdos, a las ininteligibilidades de la filosofía de Heráclito, un principio de razón, un principio de pensamiento que no pueda fallar nunca. ¿Cuál será ese principio? Éste: El ser, es; el no ser, no es. Y todo lo que sea salirse de eso es descabellado, es lanzarse, precipitarse en la sima del error. ¿Cómo puede decirse, como dice Heráclito, que las cosas son y no son? Porque la idea del devenir implica necesariamente, como su propio nervio interior, el que lo que ahora es, ya

no es, puesto que todo momento que tomamos en el transcurso del ser, según Heráclito, es un tránsito hacia el no ser de lo que antes era, y esto es incomprensible, esto es ininteligible. Las cosas tienen un ser, y ese ser, es. Y si no tienen ser, el no ser no es.

[...] Parménides añade a la crítica de Heráclito una construcción metafísica propia. Y ¿Cómo lleva a cabo esa construcción metafísica propia? Pues la lleva a cabo partiendo de ese principio de razón que él acaba de descubrir. Parménides acaba de descubrir el principio lógico del pensamiento, que formula en estos términos categóricos y estrictos: el ser, es; el no ser, no es. Y todo lo que sea apartarse de eso es correr hacia el error. (MANUEL GARCÍA MORENTE: *Lecciones Preliminares de Filosofía.*)

2.2.- El ser y sus cualidades

Este principio que descubre Parménides y que los lógicos actuales llaman “principio de identidad” le sirvió de base para su construcción metafísica. Parménides dice: en virtud de ese principio de identidad (claro está que él no lo llamó así, así lo han denominado mucho después los lógicos), en virtud del principio de que el ser, es, y el no ser, no es, principio que nadie puede negar sin declararse loco, podemos afirmar acerca del ser una porción de cosas. Podemos afirmar, lo primero, que el ser es *único*. No puede haber dos seres; no puede haber más que un solo ser. Porque supongamos que haya dos seres; pues entonces lo que distingue al uno del otro “es” en el uno, por “no es” en el otro. Mas si en el otro no lo es lo que en el uno es, entonces llegamos al absurdo lógico de que el ser del uno no es en el otro. Absolutamente tomado, llegamos al absurdo contradictorio de afirmar el no ser del ser. Dicho de otro modo: si hay dos seres ¿qué hay entre ellos? El no ser. Pero decir que hay el no ser, es decir que el no ser, es. Y esto es contradictorio; esto es absurdo, no cabe en la cabeza; esa proposición es contraria al principio de identidad.

Por tanto, podemos afirmar que el ser es único, uno. Pero además podemos afirmar que es *eterno*. Si no lo fuera, tendría principio y tendría fin. Si tiene principio es que antes de principiar el ser, había el no ser. Pero ¿cómo podemos admitir que haya el no ser? Admitir que hay no ser, es admitir que el no ser, es. Y admitir que el no ser, es, es tan absurdo como admitir que este cristal es verde y no verde. El ser, es, y el no ser, no es. Por consiguiente, antes de que el ser fuese, había también el ser; es decir, que el ser no tiene principio. Por la misma razón no tiene fin; porque si tiene fin, es que llega un momento en que el ser deja de ser. Y después de haber dejado de ser ¿Qué hay? El no ser. Pero entonces tenemos que afirmar el ser del no ser, y esto es absurdo. Por consiguiente, el ser es, además de único, eterno.

Pero no queda ahí. Además de eterno, el ser es *inmutable*. El ser no puede cambiar, porque todo cambio del ser implica el ser del no ser, puesto que todo cambio es dejar de ser lo que era, para ser lo que no era; y tanto en el dejar de ser como en el llegar a ser, va implícito el ser del no ser, el cual es contradictorio.

Pero además de inmutable, el ser es ilimitado, *infinito*. No tiene límites, o dicho de otro modo, no está en ninguna parte. Estar en una parte es encontrarse en algo más extenso y, por consiguiente, tener límites. Pero el ser no puede tener límites, porque si tiene límites, lleguemos hasta esos límites, y supongámonos en esos límites. ¿Qué hay allende el límite? El no ser. Pero entonces tenemos que suponer el ser del no ser, allende el ser. Por consiguiente, el ser no puede tener límites, y si no puede tener límites, no está en ninguna parte y es ilimitado.

Pero hay más, y ya llegamos a lo último. El ser es *inmóvil*, no puede moverse, porque moverse es dejar de estar en un lugar para estar en otro. Pero ¿cómo puede predicarse del ser -el cual, como acabamos de ver, es ilimitado e inmutable -el estar en un lugar? Estar en un lugar supone que el lugar en donde está es más amplio, más extenso, que aquello que está en el lugar. Por consiguiente, el ser, que es lo más extenso, lo más amplio que hay, no puede estar en ningún lugar; y si no puede estar en ningún lugar, no puede dejar de estar en el lugar; ahora bien, el movimiento consiste en estar estando, en dejar de estar en un lugar, para estar en otro lugar. Luego el ser es inmóvil. (MANUEL GARCÍA MORENTE: *Lecciones Preliminares de Filosofía.*)

2.3.- *El mundo inteligible (vía de la verdad) y el mundo sensible (vía de la opinión).*

Evidentemente no podía ocultársele a Parménides que el espectáculo del universo, del mundo de las cosas, tal como se ofrece a nuestros sentidos, es completamente distinto de este ser único, inmóvil, ilimitado, inmutable y eterno. Las cosas son, por el contrario, movimientos, seres múltiples, que van y vienen, que se mueven, que cambian, que naces y que perecen. No podía ocultársele, pues a Parménides, la oposición en que su metafísica se hallaba frente al espectáculo del universo. Entonces Parménides no vacila un instante. Con ese sentido de la coherencia lógica que tienen los niños (en este caso Parménides es el niño de la filosofía), saca valientemente la conclusión: este mundo abigarrado de colores, de sabores, de olores, de movimientos, de subidas y bajadas, de las cosas que van y vienen, de la multiplicidad de los seres, de su variedad, de su movimiento, de su abizarramiento, todo este mundo sensible, es una apariencia, es una ilusión de nuestros sentidos, una ilusión de nuestra facultad de percibir. Así como un hombre que viese forzosamente el mundo a través de unos cristales rojos diría que las cosas son rojas, y estaría equivocado; del mismo modo nosotros decimos: el ser es múltiple, el ser es movedizo, el ser es cambiante, el ser es variadísimo. Y estaríamos equivocados. En realidad, el ser es único, inmutable, eterno, ilimitado, inmóvil.

Declara entonces Parménides, resueltamente, que la percepción sensible es ilusoria. E inmediatamente, con la mayor valentía, saca otra conclusión: la de que hay un mundo sensible y un mundo inteligible. Por primera vez en la historia de la filosofía aparece esta tesis de la distinción entre el mundo sensible y el mundo inteligible, que dura hasta hoy.

[...] El mundo sensible es ininteligible. Por eso, frente al mundo sensible que vemos, que tocamos, pero que no podemos comprender, coloca Parménides un mundo que no vemos, no tocamos, del que no tenemos imaginación ninguna, pero que podemos comprender, que está sujeto y sometido a la ley lógica de la no contradicción, a la ley lógica de la identidad; y por eso lo llama, por vez primera en la historia, mundo inteligible, mundo del pensamiento. Éste es el único auténtico; el otro es puramente falso y subjetivo.

2.4.- *Conclusión*

Si sacamos balance de los resultados obtenidos por Parménides, nos encontraremos verdaderamente maravillados ante la cosecha filosófica de este hombre gigantesco. Este hombre **descubre el principio de la identidad**, uno de los pilares fundamentales de la lógica. Y no sólo descubre el principio de identidad, sino que además afirma inmediatamente la tesis de que **para descubrir qué es lo que es en realidad, no tenemos más guía que el principio de identidad**; no tenemos más guía que nuestro pensamiento lógico y racional. Es decir, asienta la tesis fundamental de que las cosas fuera de mí, **el ser fuera de mí, es exactamente idéntico a mi pensamiento del ser. Lo que yo no pueda pensar, porque sea absurdo pensarlo, no podrá ser en la realidad**; y por consiguiente, no necesitaré para conocer la auténtica realidad del ser, salir de mí mismo; sino que con sólo sacar la ley fundamental de mi pensamiento lógico, cerrando los ojos a todo, con sólo pensar un poco coherentemente, descubriré las propiedades esenciales del ser.

Resumen de la metafísica de Parménides

1.- Polémica con Heráclito.

- Para Heráclito el ser es devenir, la realidad está en constante cambio y por lo tanto las cosas son y no son. No hay un ser estable.
- Parménides parte de un principio lógico-metafísico: el ser es y es pensable, y el no ser no es y no es pensable.
 - El no ser no puede pensarse dado que si pudiéramos pensarlo entonces sería algo. No podemos pensar la nada sin convertirla en algo. Sería contradictorio pensar en el no ser.
 - El cambio o el devenir en la teoría de Heráclito implican el no ser pues el cambio supone un paso del ser al no ser.
 - Como pensar el cambio implica pensar en el no ser, debemos concluir que el cambio es impensable y por lo tanto ininteligible por ser contradictorio.

2.- Las cualidades del ser

- Único.
 - Si hubiera varios seres entonces:
 - Podríamos distinguirlos, pero si dos cosas se distinguen es porque hay algo en una de ellas que *no es* en la otra. Pero el no ser no es y no es pensable, así que no puede haber varios seres.
 - Habría algo entre esos dos seres separándolos, pero ese algo tiene que ser el no ser. Como el no ser no es pensable, tampoco puede ser, de modo que no puede haber varios seres porque nada los separaría.
- Eterno
 - Si tuviera un principio, ¿qué habría antes del ser? Dado que el no ser no es y no puede ser porque es impensable, siempre ha habido ser.
 - Si tuviera un final, ¿Qué habría después del ser? No puede haber el no ser, porque entrañaría contradicción, por lo tanto, siempre habrá ser.
- Inmutable
 - Si el ser cambiara, entonces dejaría de ser lo que es, pero entonces sería el no ser, lo que es absurdo.
- Infinito
 - El ser no puede tener límites, puesto que si los tuviera, más allá de sus límites encontraríamos el no ser, lo que es contradictorio. El ser, por lo tanto, lo llena todo.
- Inmóvil
 - Si el ser se moviera entonces cambiaría de lugar, ¿pero dónde iba a ir? Si de A me muevo a B, es porque no estoy en B, por lo tanto si el ser se mueve es porque en algún sitio no hay ser, pero no puede no haber ser porque el no ser es contradictorio. Por lo tanto el ser es inmóvil.

3.- El mundo inteligible y el mundo sensible

- El ser es inteligible porque sólo puede alcanzarse a través del pensamiento lógico, que Parménides llama Vía de la Verdad. Los sentidos nos ofrecen un mundo cambiante y por lo tanto contradictorio, de modo que ese mundo sensible no es el verdadero ser, sino una ilusión.

4.- Elementos importantes de la metafísica de Parménides

- Identidad entre el ser y el pensar.